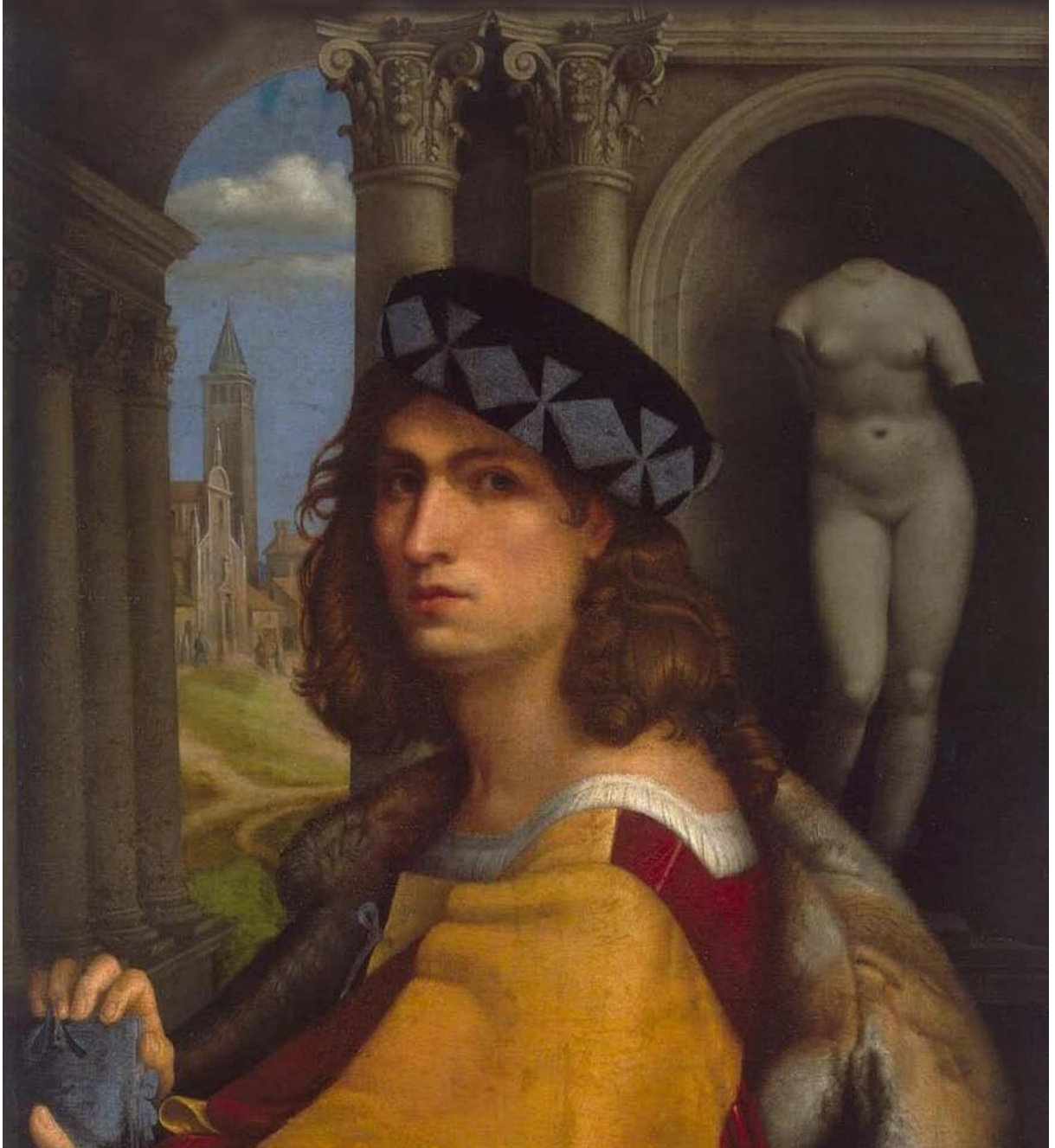


ÁNGELES GOYANES

EL MAESTRO ENVENENADOR



EL MAESTRO ENVENENADOR

Ángeles Goyanes

Gracias por leer esta muestra de *El Maestro Envenenador*.

En caso de que desees leer la novela completa puedes adquirirla:

Solicitando en tu librería la edición impresa por la Editorial Akrón (2001), España

En edición electrónica:

<http://www.amazon.com/dp/B003AKZBCY>

Para obtener más información, ver más títulos publicados por Ángeles Goyanes o descargar ebooks gratuitos visita:

<http://www.angelesgoyanes.com>

Nota sobre los hechos reales

La mayoría de situaciones que se describen, especialmente las más inverosímiles, son reales.

Tal y como se cuenta, los cocineros de la taberna *Los Tres Caracoles* murieron misteriosamente durante la primavera de 1473. Leonardo Da Vinci trabajaba en ella como camarero y fue ascendido a jefe de cocina tras el suceso. Acababa de cumplir veintiún años.

Durante la época era de dominio público la existencia de escuelas de envenenadores en Venecia. Fijaban sus tarifas como si de cualquier otro oficio se tratase. El Consejo de los Diez llevaba con toda naturalidad el registro contable de los pagos a los envenenadores a su servicio.

Cierta leyenda cuenta que fue Leonardo quien envenenó las manzanas que acabarían con la vida de Gian Galeazzo Sforza, ordenado eliminar por su tío Ludovico.

"...Sin embargo, estoy convencido de algo: la elección del veneno depende del efecto que se desee lograr. Algunos provocan estornudos, otros convulsiones y otros la muerte. Los venenos disponibles no deben ser confundidos por un envenenador recién iniciado. Debe aprender que la estricnina provoca endurecimiento del cuello y terror; que las bayas marrones y negras de la belladonna provocan enfurecimiento y delirio; que el acónito (que muchas veces se confunde con las raíces del rabanito) provoca hormigueos en todo el cuerpo y vómitos y que la cicuta produce la muerte total.

Existen otros sobre cuyos efectos no estoy seguro debido al egoísmo de Salai, tales como la Serpentería, el Ruibarbo, el Tanaceto, la hierba de San Cristóbal, el Muérdago y los ingredientes de ciertos quesos de Mantua. De algo sí estoy seguro: un buen veneno siempre debe ser administrarlo al comenzar una comida, pues actúa más rápidamente en un estómago vacío y de esta manera es beneficioso para el envenenador, ya que sólo necesitará usar una pequeña cantidad de veneno, y para el anfitrión, quien no verá interrumpida la diversión que preparó para sus invitados con la agonía de la víctima..."

"Si hay un asesinato planeado para la comida, entonces lo más decoroso es que el asesino tome asiento junto a aquel que será el objeto de su arte (y que se sitúe a la izquierda o a la derecha de esta persona dependerá del método del asesino), pues de esta forma no interrumpirá tanto la conversación si la realización de este hecho se limita a una zona pequeña. En verdad, la fama de Ambroglio Descarte, el principal asesino de mi señor Cesare Borgia, se debe en gran medida a su habilidad para realizar su tarea sin que lo advierta ninguno de los comensales y, menos aún, que sean importunados por sus acciones..."

...Después de que el cadáver (y las manchas de sangre, de haberlas) haya sido retirado por los servidores, es costumbre que el asesino también se retire de la mesa, pues su presencia en ocasiones puede perturbar las digestiones de las personas que se encuentren sentadas a su lado, y en este punto un buen anfitrión tendrá siempre un nuevo invitado, quien habrá esperado fuera, dispuesto a sentarse a la mesa en ese momento."

Leonardo Da Vinci

Era la mañana de un tranquilo domingo y en el cielo florentino brillaba un sol intenso de final de verano que animó a los mellizos Bardi a desviarse del camino más corto hasta la taberna donde trabajaba su padre para emprender un agradable paseo hacia la Plaza del palacio de la Signoria. Albiera esperaba encontrar en el mercadillo que allí se instalaba cada festivo algún regalo con que obsequiar a su amiga Andrea en su cumpleaños.

Concurrida y alegre, como habían esperado los dos hermanos, la plaza era un digno muestrario del inmenso taller de artesanía que animaba la ciudad entera. Decenas de puestos pertenecientes a maestros curtidores, tejedores de lana, joyeros, herreros, carpinteros, artesanos del cristal y la cerámica, fabricantes de velas, vendedores de espadas, importadores de especias y alimentos exóticos se mezclaban exhibiendo variopintas mercancías: cinturones de piel, sombreros para toda ocasión, delicados encajes, mantas y sencillas prendas de lana, preciadas telas de seda, tafetán, lampazo, raso, damasco y terciopelo de mil colores, velas, joyas de plata, útiles de hierro, jarrones y copas de fino cristal, zapatillas para casa, borcegués lujosos, mobiliario de segunda mano, pájaros enjaulados...

Del centro de la plaza llegaba la melodía de unos músicos callejeros, y, diseminados aquí y allá, especialmente apoyados contra los muros que conformaban la plaza, decenas de jóvenes artistas acudidos a Florencia en busca de conocimiento, asombro e inspiración ofrecían sus obras, pinturas, tallas, cerámica y escultura, intentando ganar el dinero suficiente para prolongar su estancia, manteniéndose por sí mismos mientras duraban sus estudios o emprendían los difíciles comienzos de su carrera.

A Ghezzo, el hermano de Albiera, era la exposición que estos jóvenes hacían de su arte lo que más le atraía de la plaza.

-¿Qué tienes pensado comprarle a Andrea, Albiera? -preguntó a su melliza mientras caminaban lentamente examinando los puestos.

-No lo sé -contestó ella, volviendo la mirada hacia la izquierda atraída por el aroma de un carro repleto de quesos-. Tal vez unos pendientes.

-Entonces vamos hacia el final de la plaza. Es donde suelen ponerse los vendedores de plata.

Ghezzo tomó a su hermana por el brazo, empujándola suavemente hacia delante. ¡Era tan lenta siempre que tenía que hacer alguna compra! ¡Se demoraba tanto en cada puesto! Y él necesitaba algo de tiempo para acercarse hasta los artistas. Había en esto algo más que admiración por el arte. Se trataba de un ansia de comparación de su propio talento creador con el de aquellos estudiantes, quienes, a la ventaja de su aprendizaje con los mejores maestros, unían la de su edad, a menudo bastantes años mayor que la del quinceañero Ghezzo. Y esta comparación desembocaba siempre, infaliblemente, en vanidad y orgullo ante su superior genio. Así pues, condujo a Albiera con firmeza hacia la zona donde solían instalarse los vendedores de joyas, situándola frente al puesto más grande de todos con la esperanza de que escogiese rápido el regalo para su amiga. Pero Albiera, y bien lo sabía él aunque intentase evitarlo, no decidiría su compra hasta que hubiese visto, analizado y comparado cada joya de cada puesto. A Ghezzo, quien solía escoger lo primero que cubriese básicamente su necesidad, aquella pérdida de tiempo le parecía desesperante. Aburrido junto a ella, se irguió cuanto pudo intentando otear en busca de entretenimientos más interesantes. Cuando Albiera acabase no le quedaría mucho tiempo, ¿hacia qué zona le convendría dirigirse? La música de un laúd captó su atención. Venía de no muy lejos. Con dificultad, alzándose por encima de

decenas de cabezas, alcanzó a ver al músico. Era un joven rubio, bien vestido y con muy buen aspecto. A su lado había levantado una gran tabla que le servía para exponer lo que pese a la distancia parecían ser pequeñas pinturas y dibujos. ¿Serán suyos?, se preguntó Ghezso. ¿Pintor además de músico?

Apenas unos minutos después de llegados al puesto del joyero, viendo cómo su hermana depositaba sobre la palma de su mano una a una cada joya, acercándola a sus ojos para someterla a un mejor examen y sustituyéndola después por la siguiente, la impaciencia se apoderó de Ghezso, muerto de ansiedad por acercarse a aquel músico. “Podría dejarla aquí mirando y acercarme yo solo –se dijo–. Tiene por lo menos para quince minutos más. Media hora, si no la meto prisa”. Sin embargo, el instinto protector hacia su hermana le frenaba. Albiera, hermosa y elegante, lucía aquel domingo sus pendientes de oro y su mejor atavío de brocado y encajes. Una red adornada con perlas que enmarcaban su rostro ovalado le servía de cofia bajo la cual nacía una cascada de ondas cobrizas, que, pulcramente ordenada, recorría la erguida espalda, aumentando la esbeltez de su porte. Las perlas destacaban sobre la piel morena, acrecentando el brillo de sus grandes ojos rasgados de difuso color verde y ámbar, que se adornaban con el arco perfecto de unas cejas largas, finas y oscuras. Su boca, aunque de labios bien trazados que contribuían a iluminarla con su sonrisa, era grande en exceso; no era su nariz de una rectitud perfecta, ni a su piel pubescente se le hacían innecesarios polvos y afeites, pero la belleza de sus ojos felinos y exóticos, inocentes y alegres hipnotizaba de tal manera que nadie hubiera podido describir el resto de su figura sino a base de elogios. A Ghezso no se le escapaban las miradas de admiración y deseo que recibía su hermana, y, aunque sentía orgullo de su belleza, tal descaro suscitaba en él violentas emociones y a todo hombre creía acechante y presto a raptarla en un descuido suyo.

Junto a ellos pasó un vendedor con un carrito promocionando su mercancía.

–¡Tintes! ¡Tintes para poner rubio el pelo y para ocultar las canas!

Ghezso trató de aprovechar la oportunidad.

–¿Por qué no le compras alguno de esos mejunjes para el pelo? –preguntó a su hermana, sin poder evitar una inflexión suplicante–. Y otro para ti, de paso. Os vendría bien. Pronto el sol no será tan fuerte como para aclarároslo.

Albiera giró fugazmente la cabeza hacia el carrito sin demasiado interés, para volverla enseguida hacia la joya que en aquel momento examinaba. Pero el vendedor, que había comprendido la escena aunque no alcanzara a oír las palabras, se detuvo junto a los dos hermanos.

–Señorita, ¿no quiere que todas sus amigas la envidien? –intentó inducirla el vendedor–. Con este producto conseguirá el color más de moda, un rubio más claro que el de ninguna de ellas. –Y, mirando a Ghezso, añadió–: Y conseguirá aumentar la admiración de su esposo.

–Pero ¿qué se cree? –exclamó Albiera–. Somos hermanos. Sólo tengo quince años.

–Mi hija Isabella se casó nada más cumplir los dieciséis años, y a Catalina ya la tengo prometida y sólo tiene catorce. Pero si aún no tiene esposo, más razón para estar guapa y conseguir uno pronto. También tengo polvos y carmín.

–¡No quiero sus asquerosos potingues ni busco novio! Haga el favor de dejarnos en paz.

Albiera se volvió airada hacia el joyero y, extendiéndole los pendientes que tenía en la mano, controlando el tono de voz, le dijo:

–Me llevaré estos. ¿Puede ponerlos en una caja bonita? Son para un regalo.

El vendedor de afeites se quedó allí, mirándola durante unos segundos, decidiendo si insistir o soltarle un vituperio, y después echó a andar con su carro mientras en voz audible decía:

–Con ese genio morirás soltera.

En cuanto el joyero le entregó su pequeño paquete, Albiera, indignada, guardando las vueltas del dinero en su bolsito de terciopelo, se volvió a su hermano.

– Vamonos de aquí. No aguanto este gentío.

–Ni hablar –le contestó él–. Primero vamos a ver a los pintores.

–Pero si ya no hay tiempo. Padre dijo que esta vez llegáramos puntuales. Si tardamos la taberna se llenará de clientes y tendremos que comer otra vez en la cocina. ¡Y yo no me he vestido así para comer rodeada de ruidos y malos olores!

–Sólo unos minutos, Albiera. Yo me he aguantado mientras tú escogías con toda calma tu regalito. Vamos.

La cogió de la mano y, guiándose más por el oído que por la vista, la llevó hasta el joven músico. Como a su alrededor se había formado un corro bastante grande, los mellizos se abrieron paso entre la gente para poder situarse en primera fila. Sorprendió a los dos hermanos la apariencia del joven músico, tanto por la hermosura y gracia de su porte como por la elegancia con que se adornaba, pese a no ser sus ropas de telas nobles. Tenía un cabello envidiable, de un rubio brillante, rizado y largo por debajo de los hombros, nariz algo prominente, boca grande con labios de cierto grosor y pómulos marcados. Mientras tocaba, observaba a la concurrencia que le escuchaba con sus ojos inquietos y curiosos, como si sus manos ejecutasen solas la melodía independientes de su cerebro. Tocaba en el laúd una variación de una pieza popular cuyo nombre Ghezzeo no conocía pero que había escuchado algunas veces. “Toca muy bien. Pero ya va a acabar. Menos mal”, se dijo, puesto que todo su afán era revisar más de cerca los dibujos y pinturas que el músico exponía. En efecto, apenas unos segundos después el joven agradecía los donativos de su público mientras le instaba a acercarse a sus obras. “Así que encima son tuyas. Pero veremos si valen algo”, pensó Ghezzeo aguijoneado por la envidia, pues a él se le había negado el talento para la música. Se acercó sin dilación a las pequeñas obras, y absorto, por completo ausentado de la plaza, del calor y los ruidos e incluso de la presencia del propio autor, Ghezzeo se sumergió en su contemplación.

Oleadas de emociones contrarias se apoderaron de él ahogándole hasta el mareo: de una parte, su sensible espíritu se sentía en plenitud de gozo ante la apreciación del arte en su pureza, de otra, el intenso, insufrible dolor del orgullo herido lo arrastraba hacia la contemplación de la cara más oscura de las pasiones humanas.

De repente, una mano sobre su hombro le sacó de su ensueño. El artista le estaba repitiendo algo que al parecer Ghezzeo no había escuchado.

–...Florencia a vista de pájaro y estos son de los bonitos campos circundantes. Estas madonnas con el niño las vendo por sólo dos sueldos. También acepto encargos para retratos. A las señoritas tan bellas como usted –señaló dirigiéndose a Albiera y con una pequeña reverencia –, las cobro la mitad.

Albiera sonrió, bajando los ojos, ruborizada.

El artista se volvió de nuevo a Ghezzeo y se miraron ambos fijamente a los ojos.

–Mi hermana no necesita pagar por que la retraten. Yo le he hecho retratos que tú no podrías superar.

A Ghezzeo se le habían escapado esas hostiles palabras que no era la primera vez que pronunciaba. Pero no estaba tan convencido de ellas como en otras ocasiones.

El pintor, sorprendido durante unos segundos, se echó a reír después.

–Bien –dijo, tenía una expresión bromista, de persona de buen humor–. Entonces será mejor que no te dé por vender tus obras en la plaza o me quedaré sin ingresos.

Ghezzeo volvió a observar los dibujos intentando grabar en su mente ciertos recursos que él no había empleado nunca. ¿Cómo habría logrado aquella perspectiva tan perfecta? ¡Y esos juegos de luces y sombras con sólo unos trazos de lápiz! ¡Y el dominio del color y de las sombras para crear volúmenes! ¡Qué factura tan increíblemente rápida y segura! Ceccolini, el maestro de Ghezzeo, jamás podría enseñarle semejantes trucos ni ayudarle a alcanzar tal perfección. ¿Cómo iba a hacerlo si su alumno le había superado a los pocos meses de entrar

bajo su tutela? ¡Si su padre se hubiese tomado más en serio su deseo de aprender pintura, enviándole a un buen maestro, en lugar de a aquel inútil Ceccolini sólo porque resultaba barato y estaba cerca de casa!

–¿Quién es tu maestro? –le preguntó al artista–. Supongo que acudes a algún taller, ¿no?

–Así es. Casi desde que llegué a Florencia, en 1469, así que hace ya más de dos años que estudio en el taller del maestro Verrocchio. Quizá te suene su nombre, pese a que intuyo que sus enseñanzas te sobran.

¡Dios! ¡Dios Santo, qué suerte la suya! ¡Y qué injusticia que chicos de menor talento que el de Ghezzo tuviesen la oportunidad de estudiar con el mejor maestro mientras él jamás podría progresar a causa de la inutilidad del suyo! Todo el mundo en Italia sabía que del taller de Verrocchio sólo salían grandes pintores. Y que en él sólo podían entrar los mayores talentos. Pero costaba un dinero que su padre no podía pagar. Y, además, su padre aún parecía ofuscado en la idea de que su amor por la pintura era en el fondo un capricho pasajero o, en cualquier caso, algo diferente a una profesión seria, una especie de entretenimiento o afición de la que no se podía vivir. Le había concedido el deseo, ante su pesada insistencia, de buscarle un taller donde aprender hasta que se le pasase el antojo, pero no había dejado de pensar que mejor haría su hijo buscándose un oficio serio y más seguro con el que ganarse la vida.

Ghezzo suspiró ante su suerte.

¿A qué edad habría entrado en el taller aquel joven? Ghezzo pensó que siendo mayor que él, porque le pareció que aparentaba unos veinte años. Si lograra entrar en el taller de aquel grandísimo maestro, él llegaría a alcanzar su misma madurez de estilo con sólo dieciocho años; incluso antes. A los treinta años podría haberse convertido en el pintor más afamado de Italia. Y con el tiempo podría llegar a considerarse el mejor de todos los tiempos...

–¿Qué hay que hacer para entrar en el taller de Verrocchio? ¿Cuánto cuesta?

Un segundo después de la sorpresa, el joven pintor contestó divertido:

–¿Cuánto cuesta? ¿Como si hablásemos de una ración de polenta? ¿Crees que puede cobrarse lo mismo a un genio que prestigia a su maestro que a un asno que se come el tiempo que debería emplearse en quienes tienen talento?

–No... –contestó Ghezzo confundido–. Claro... Pero así suele hacerse.

Uno frente al otro, mirándose a los ojos fijamente, permanecieron en silencio uno segundos, envueltos en cavilaciones. En el cerebro de Ghezzo la envidia se disolvía ante la personalidad de su imaginario rival, dejando paso a una súbita atracción. “No parece fatuo en absoluto –se dijo–. Encima es guapo, simpático, divertido...” En nada se parecía a sus compañeros del taller del maestro Ceccolini, torpes y toscos, que sólo llegarían a servir para encalar paredes. Por el contrario, aquel artista emanaba una sensibilidad en la que él podía reconocerse. Era como una imagen de sí mismo, pero una imagen mejorada. Entretanto, el pintor estudiaba al muchacho sin disimulo, con su profunda mirada inquisitiva. Ghezzo comprendió que, con sus ojos de artista que investiga y clasifica cada tipo humano, estaba sometiendo a examen su fisonomía, y con esta su personalidad, y se alegró de haberse dejado convencer por Albiera para arreglarse mejor de lo que solía. Se había lavado todo él, incluyendo el cabello, por la mañana, y sabía que en aquel momento el sol arrancaba a sus rizos irisaciones doradas y cobrizas que habían provocado en el pintor un fugaz cúmulo de gestos de agrado, tan sutiles y mínimamente perceptibles que únicamente a un artista gemelo se le harían visibles. Al igual que su hermana, Ghezzo presumía de hermosos ojos rasgados, de un color castaño verdoso en su caso, orlados de largas pestañas rizosas, y cejas tupidas de línea más bien fina. El otro rasgo que sobresalía en su rostro eran sus sensuales labios.

–Pues no es un proceder justo, ¿no crees? –le preguntó de pronto el pintor.

Absorto como había estado en la mente del otro y preocupado por el efecto que estaría causándole, Ghezzo tardó unos segundos en saber a qué se refería.

–En cualquier caso –le contestó en tono humilde–, nadie tiene alumnos de balde. El maestro Verrocchio tendrá una tarifa mínima fijada, y probablemente sea mucho mayor que la de cualquier otro. Yo sé que pasaría su prueba del talento, sea cual sea la que emplee para seleccionar a sus alumnos, pero no creo que pueda pagar sus honorarios, por pequeños que sean.

El grupo de admiradores del músico se había disuelto casi por completo, pero cuatro o cinco de aquellas personas se interesaron también por sus obras. Uno de ellos, un hombre distinguido de unos cuarenta y cinco años, quiso comprarle dos pequeñas madonnas sobre lienzo.

–Enhorabuena –felicitó al joven artista–. Es usted un pintor extraordinario. No abandone su práctica. Estoy seguro de que triunfará.

–Le agradezco profundamente sus palabras de ánimo, caballero. Son el alimento de quien práctica las artes, ya que tan poca recompensa económica ofrecen.

El pintor descolgó con cuidado uno de los lienzos, lo enrolló y lo ató con una cinta blanca que parecía de seda. Después repitió la operación con el segundo lienzo vendido.

Antes de irse, el caballero aseguró al artista que volvería al siguiente domingo, si nada se lo impedía, para comprarle alguna otra obra. Se le advertía un disfrute desinteresado en su pequeño mecenazgo.

–¿Cuánto cuesta esta madonna? –preguntó una señora, animándose a la compra al ver que el caballero de aspecto entendido se llevaba dos.

–Dos sueldos nada más, señora. ¿Cuál prefiere? Ésta la titulo La Virgen del Lago y ésta otra La Virgen Lavandera –explicó el joven.

En la primera imagen la Virgen aparecía sentada junto a un lago y en su regazo estaba el niño, al que secaba con una toalla después de haberle bañado. La segunda era una imagen un tanto prosaica que agradó menos a la señora: la Virgen tendía la ropa mientras el niño, sentado en el suelo, jugaba cerca de ella con algo similar a una pelota fabricada con trapos.

–Me llevaré La Virgen del Lago –indicó la señora, sonriendo de satisfacción al imaginarla colgada frente a su cama. Su dormitorio semejaría el de una duquesa.

–¿Qué le parecería llevarse también este paisaje? –le preguntó el pintor, señalando uno de los cuatro que le quedaban–. Fíjese que en él aparece el mismo lago visto desde un ángulo muy similar. Si los pone juntos, con un bonito marco, harán un gran efecto.

La señora dudó.

–No sé... –vaciló, arrugando los labios en un mohín de desagrado–. No me gustan los dibujos. No tienen color. No son alegres.

–Imagínese los dos cuadros con una marco dorado, a juego con el manto que la Virgen viste en el lienzo –la persuadió el vendedor, descolgando la madonna y el dibujo–. Será un contraste maravilloso –dijo, volviéndose hacia ella mientras enrollaba el lienzo y cubría el dibujo con una tela–. No se preocupe: le haré un precio especial.

Aunque no del todo convencida, la señora pagó lo que se le pedía y se fue con sus obras bajo el brazo.

El joven artista la despidió muy agradecido y se volvió hacia la tabla de madera que le servía de expositor, para comenzar a descolgar las obras que le habían quedado por vender: el lienzo de La Virgen Lavandera y tres dibujos de paisajes.

Ghezzo y Albiera continuaban allí. A las razones que Ghezzo había encontrado antes para admirarle se unía ahora la de su desparpajo como comerciante.

–Si de verdad tienes un talento tan excepcional –le dijo el artista mientras recogía–, un gran maestro nunca te dará la espalda porque no tengas dinero. Mañana a las diez en punto te esperaré a la puerta del taller de Verrocchio. Ve allí llevando esos retratos de tu hermana y todas las obras que juzgues que puedan beneficiarte. Pero no te hagas ilusiones, sólo si eres

excepcional, absolutamente excepcional, le pediré al maestro que considere admitirte aunque no puedas pagarle.

A Ghezzo se le había puesto un bulto doloroso en la garganta. La sangre le inflamaba el cuello y la cara y era incapaz de hablar. El pintor no le miraba, seguía desmontando su tinglado. Y a Ghezzo, henchido de emoción, no le brotaba un sonido.

–¡Ghezzo, qué oportunidad para ti! –exclamó Albiera feliz, cogiéndole las manos–. Muchas gracias. Os impresionarán sus dibujos, ya lo veréis. Estoy segura de que vuestro maestro le aceptará sin dudarle cuando los vea.

–¿Sabéis dónde está el taller? –inquirió el pintor, montando su laúd, obras y bártulos sobre un carrito.

–Sí, claro que sí –logró responder el chico, que mil veces había envidiado a todos los que veía traspasar la puerta–. En la Via dell’Agnolo.

–Eso es –corroboró el pintor, colocando el carrito en posición para poder arrastrarlo–. Recuerda, a las diez en punto te veré en la puerta. Y no te garantizo que llegues a cruzarla.

–Gracias. ¡Muchísimas gracias!

El pintor emprendió la marcha con su carrito y los dos hermanos prorrumpieron en risas abrazándose llenos de alegría.

–¡Ghezzo! ¡Qué chico tan encantador! ¡Lo vas a conseguir, no me cabe duda! ¡Es maravilloso!

–No puedo creerlo, Albiera. ¡No puedo creerlo! Pero... ¡Espera! –gritó Ghezzo de pronto al joven que se alejaba–. ¡No sabemos cómo te llamas!

Sin dejar de andar, el pintor volvió el torso ligeramente y gritó:

–¡Me llamo Leonardo!

Madonna Alessandra se hallaba sentada en un banco de la iglesia de Santa Reparata con los ojos bien abiertos. Al ser domingo por la mañana la afluencia era máxima y la iglesia estaba convertida en una especie de mercado de jóvenes casaderas. Muchas acudían del brazo de sus madres, conminadas por éstas a lucir sus mejores galas y más radiantes sonrisas, otras, solas y no sintiendo la llamada del matrimonio, ocultaban sus rostros y salían huyendo tan pronto percibían la mirada de alguna dama de edad sospechosa posada en ellas.

Alessandra Adimari, de cincuenta y un años, viuda de un rico comerciante fallecido doce años atrás, andaba a la búsqueda de esposa para su hijo Pietro, pero estaba encontrando dificultades para hallar una novia digna de éste, una joven que, además de proceder de una familia respetada y acaudalada, capaz de afrontar una dote de al menos mil quinientos florines, aunase belleza (o, cuando mínimo, encanto), educación y distinguidos modales, humildad, modestia, dulzura, e inteligencia suficiente para manejar los asuntos de su casa y entender los problemas de su esposo cuando éste necesitase desahogarse contándoselos. Había claro, muchas otras virtudes deseables, por ejemplo, sería óptimo que la muchacha tuviese gusto por el canto o hubiese aprendido a tocar algún instrumento, pues estaba muy a la moda que la anfitriona divirtiese con estas artes a sus invitados y los Adimari gozaban una vida social agitada. Encontraba preferible que se hubiese educado en un convento antes que en su propia casa, pues las monjas sabían perfectamente encaminar a las chicas hacia su futuro destino como esposas y madres, y se ocupaban de enseñarles conocimientos que un tutor masculino nunca podría. La procedencia directa de un convento, sin apenas haber pasado tiempo en el hogar paterno, era muy deseada y apreciada; cuanto menos hubiese estado la novia en contacto con el mundo real, menos corrupta y viciada estaría, y más sencilla tendría ella, su suegra, la tarea de adiestrarla y moldearla según las necesidades de su hijo.

Monna Alessandra tenía sólo treinta y nueve años cuando enviudó. Había traído al mundo a siete hijos a lo largo de veinte años de plácida existencia doméstica establecida sobre la base del respeto mutuo. Pero, en el transcurso de unos pocos meses, su esposo y tres de sus hijos habían muerto víctimas de unas fiebres contraídas durante un viaje a Venecia. Alessandra, destrozada más allá del límite que pareciera soportable para un ser humano pero única responsable de sus cuatro hijos supervivientes, se sobrepuso en un admirable esfuerzo y logró dejar a un lado el horrible dolor.

Entonces envió a su hijo Pietro a Palermo, con un viejo amigo de su padre, como aprendiz de negocios mercantiles. Más tarde, Pietro se trasladó a Nápoles con un primo de su madre, un próspero hombre de negocios que se había prestado desinteresadamente a prestar cualquier ayuda a los jóvenes huérfanos, quien acabó de consolidar la formación del joven, capacitándole para ponerse al frente de los negocios de su familia, que, a la muerte de su padre, se habían dejado en manos, sin supervisión, de los que fuesen hombres de confianza de aquél. Hacía cerca de un año que Pietro había regresado al lado de su madre.

En el hogar materno habían permanecido, Francesco, el hijo mayor, quien a la muerte de su padre había continuado sus estudios universitarios de Medicina, y Lorenzo y Caterina, que entonces tenían sólo cinco y once años, y cuya educación había sido encomendada a un tutor.

Lorenzo todavía vivía junto a Monna Alessandra. Tenía sólo veinte años, estudiaba Filosofía en la Universidad de Florencia y aspiraba a convertirse en profesor universitario de enseñanzas clásicas. Quería especializarse en Platón; este filósofo y su doctrina le

obsesionaban. Ésta era una obsesión que Monna Alessandra consideraba positiva cuando la comparaba con la otra que absorbía el tiempo y fortuna de su hijo Lorenzo: el juego.

A la hija, Caterina, la había concertado un matrimonio satisfactorio con un prestigioso notario hacía ya seis años, gracias al cual era abuela de dos nietos. Mientras que para Francesco, convertido en un médico renombrado antes de cumplir los treinta, había logrado encontrar como esposa a una joven cuya excelente y noble familia se había trasladado de Venecia a Florencia hacía tres años. Madonna Alessandra había puesto sus ojos sobre esta joven nada más tener noticias de su llegada, iniciando inmediatas negociaciones con su familia, temerosa de que la competencia se le adelantara. La fortuna de la noble familia era algo menor que la de monna Alessandra, y la hija padecía un visible defecto de cojera y una fea cicatriz en el rostro, producto de un accidente durante su infancia, razones por las que la familia no podía aspirar a un pretendiente que mejorase en mucho la oferta de la dama. Para ella, por su parte, la boda, que fue inmediata, significaba un título nobiliario que invisibilizaba cualquier defecto físico.

Casados ya estos dos hijos, le había llegado el turno a Pietro, momento que su madre encontraba gozoso por el entretenimiento que le proporcionaba, además de satisfacción y orgullo por su pericia como casamentera. Viviendo ya en Florencia, con veintiséis años cumplidos, capacitado para ponerse al frente de los negocios familiares –la temprana y clara vocación científica de Francesco había impedido que se hiciese cargo de ellos, pese a ser el hermano mayor–, no existían razones para demorar más su boda, y, aunque él mismo no estaba de acuerdo con esta urgencia, su madre ya había comenzado la búsqueda de una esposa adecuada.

Si Lorenzo era considerado por su madre la oveja negra de la familia, Francesco el científico soñador y Caterina la frívola, Pietro era sin duda el hijo predilecto: inteligente, trabajador, voluntarioso, afectuoso, sociable, atractivo... No era extraño que Monna Alessandra no estuviese dispuesta a entregárselo a una novia corriente, ni aun sólo algo superior a lo corriente. Buscaba para Pietro una mujer excepcional, y estaba dispuesta a dedicar el tiempo necesario hasta encontrarla. Esta vez no cometería el error de juzgar a la ligera la balanza y engañarse creyéndola correctamente equilibrada –tenía mucho que reprocharle a su nuera, en parte por no haber dedicado suficiente tiempo a conocerla bien–. Sin embargo, se vivían tiempos difíciles para poder escoger la más perfecta de las esposas. En Florencia el número de hombres se había hecho superior al de mujeres, por un lado porque hacía años que no había una guerra, principal diezmadador de la población masculina, por otro, debido a que jóvenes casaderos de toda Europa acudían por oleadas a la cuna del arte, ya fuese para formarse, ya para admirarla, o bien en busca de oportunidades de negocio, y acababan estableciendo allí su hogar. La abundancia económica había disparado los matrimonios y, para empeorar las cosas, los viudos de cualquier edad, numerosos a causa de las numerosas muertes durante los partos, también esperaban volver a casarse con jóvenes doncellas, y además de que eran importante competencia a causa de su usualmente elevada posición, contribuían a hacer bastante mayor la demanda que la oferta.

Así pues, dedicándose a su tarea a tiempo completo, Monna Alessandra se había levantado temprano un domingo más para acudir a la primera misa de la mañana con la esperanza de contemplar con sus propios ojos a la joven Fiammeta Spinelli, de quien había recibido muy buenas referencias por parte de allegados y amigos. Mas, como la joven, por alguna razón, aquella mañana no se había presentado en la iglesia –y ya era la tercera mañana de domingo que la esperaba en vano–, pese a que, según le habían asegurado, era su devota costumbre acudir temprana y puntualmente, sintiéndose decepcionada, Monna Alessandra decidió permanecer en la iglesia y asistir también a la siguiente celebración, a ver si en ese tiempo hacía acto de presencia alguna damita que justificase el paseo.

En el intervalo entre una misa y otra la iglesia quedó prácticamente desierta, pero, sentada en silenciosa y relajante tranquilidad, Monna Alessandra aprovechó el tiempo para poner en orden sus pensamientos. Hizo repaso de las últimas conversaciones mantenidas con su reticente hijo Pietro. La entusiasta búsqueda emprendida por su madre era vista por él como indeseada precipitación, y las charlas mantenidas eran casi siempre idénticas.

–Pero, mamá –protestaba Pietro–, no deseo casarme de forma tan apresurada. ¡Ni que me fuese la vida en ello! Francesco se casó a los veintinueve, ¿no puedo yo esperar, al menos, hasta entonces? Hasta ahora no he hecho más que estudiar y trabajar. Apenas he podido disfrutar de la vida. Quiero un poco de tiempo para mí antes de atarme. Quiero viajar, asistir a fiestas, hacer amigos en la ciudad. ¡Ni siquiera he tenido tiempo de conseguir uno desde que llegué de Nápoles! Sabes que he tenido que trabajar duro para poner los libros de cuentas al día, y ahora que hemos despedido a todos esos sinvergüenzas que nos estaban robando estoy solo para todo. No puedo permitirme pensar en nada que no sean los negocios o iremos a la quiebra. Sabes que estoy buscando hombres de confianza para que me ayuden, pero no es sencillo. ¡Si al menos pudiese contar con la ayuda de Lorenzo!

–¡Vamos, vamos, Pietro! –respondía la madre airada–. No recurras a eso ahora. Llevas ya casi diez meses en Florencia, pero me consta que antes de que se cumpliesen las tres semanas ya te habías hecho con el dominio de los negocios y expulsado a todos esos estafadores. Sé que la mayoría de quienes yo suponía fieles colaboradores y aun amigos de tu padre nos presentaban cuentas falsas; sé que nos robaron y que por su falta de diligencia perdimos encima muchas posibles ganancias. Ojalá se me hubiese educado para poder evitarlo. Pero, a pesar de todo, Dios nos ha protegido, nuestra fortuna está garantizada durante muchos años, y, aunque no veo mal tu juvenil ambición, existen cosas en la vida que han de anteponerse a ella, y el formar una familia es la primera de todas. Cuando estés casado podrás seguir consolidando y aun multiplicando nuestra fortuna; seguirás haciendo viajes de negocios, y podrás celebrar fiestas en tu propia casa. Me ocuparé de que tu esposa esté preparada para ser una buena anfitriona. Y mientras llega ese momento tendrás tiempo suficiente de encontrar esos empleados de confianza que te permitan tomarte un periodo de descanso para... hacer amigos y disfrutar de algunas borracheras. Y, por cierto, Pietro, para un hombre la vida no se acaba con el matrimonio. De la vida empezará a disfrutar en el momento en que puedas mirar a los ojos de otro ser humano y llamarle hijo.

–¡Oh, mamá, mamá! ¡No quieres entenderme! Ni siquiera voy a estar en Florencia la mayor parte del próximo año. He estado haciendo estudios y proyectos. Quiero ampliar nuestros negocios. Puedo hacerlo, y sabes que soy obsesivo y no descansaré hasta que ponga en práctica todo lo que tengo en mente. Para conseguirlo tengo intención de visitar todas las ferias. Compraré en una y venderé en otras. En enero estaré en Génova, en mayo en Castilla, en agosto en Lyon y en septiembre en Amberes. Combinaremos el dinero con el crédito, girando letras de cambio de feria en feria. Es lo que hace todo el mundo ahora. Por ejemplo, en la feria de Natividad, en Amberes, puede girarse una letra sobre la feria de Quasimodo, en Lyon, y ésta girarla sobre la de agosto en Genova. Quiero internacionalizar las empresas, crear una red de factores en puntos estratégicos de Europa: Sevilla, Lisboa, Ruán, Nantes...

–¡Oh, cállate ya, Pietro! ¡Parece que hablase para un sordo! ¿Qué quieres decirme con todo eso? ¿Qué tienen que ver los negocios con la vida doméstica? Si son incompatibles, ¿cómo es que todos los banqueros, grandes mercaderes y príncipes están casados? Quiero darte una esposa. Ya estás en edad de saber cómo gobernar una familia. Tu vida está encauzada y gozas de magnífica posición. Los niños serán un consuelo para mí. Sabes que Caterina tiene a los suyos siempre en el campo, lejos de Florencia, y desde la desgraciada noticia de que la esposa de Francesco nunca podrá concebir sabes que me siento muy apenada. Tú eres mi única esperanza de que Dios me conceda este deseo que tanto anhelo. Así que, ¡basta ya de excusas y dilaciones! No quiero que cada día volvamos sobre lo que ya habíamos acordado: que

empezaría una búsqueda metódica y tranquila, pero firme. De modo que déjame ya que te hable de mis últimas averiguaciones. Conseguí ver brevemente a la chica de Yernio. Me gusta, pero dicen que es extraña y acampesinada. He oído que una chica de los Alberti es muy guapa. Trataré de verla durante los días del festival y averiguaré si su padre nos la daría. Tendremos unas cuantas dispuestas y cuando llegue el momento nos quedaremos con la mejor. Quiera Dios mostrarnos la correcta. Quiero decirte que el domingo por la mañana, cuando fui a Santa Reparata para la primera misa, como vengo haciendo varias mañanas para intentar echar un vistazo a la hija de los Spinelli, que tiene la costumbre de asistir a esa misa, por casualidad me encontré allí con la hija de los Tanagli. Sin saber quién era, me senté cerca de ella y la inspeccioné bien. Me parece guapa y bien hecha. Tan alta como tu hermana o más. De buena complexión. Nada que ver con las paliduchas, sino un color que indica salud. Su rostro es alargado y los rasgos no son particularmente delicados, pero tampoco ordinarios. Y por su forma de andar y su apariencia, puede verse que no es frívola en absoluto. De hecho, me parece que si el resto de sus cualidades son satisfactorias, no sería una mala adquisición, sino una muy buena. La seguí fuera de la iglesia y así descubrí que era una Tanagli.

—¡Dios mío, mamá! ¿Perseguiste a esa chica por toda la ciudad hasta su casa?

—Sí. Deja que te siga contando. En cuanto a la chica de los Spinelli, aún no he sido capaz de verla, porque casi no sale de casa. Pero, mientras la estaba esperando, esta otra apareció ante mí, aunque no suele acudir a misa a esa hora. Por eso, creo que Dios la trajo allí para que la viera.

Distraída con el repaso de la última conversación con su hijo, a madonna Alessandra se le había pasado el tiempo rápidamente, y una multitud no despreciable volvía a entrar a la iglesia de Santa Reparata para la inminente celebración.

Con disímulo poco esforzado, giró la cabeza para observar si entraba alguien de su interés. A la mayoría de las chicas ya las había visto en otras ocasiones. Una, muy hermosa, de la que se había informado, estaba descartada por ser la hija de un carnicero. Otra, por la que también se había interesado debido a su dulce expresión, lo era de un simple sastre. Y así podía decirse de la mayoría de las muchachas. Perdió un poco de interés y volvió a sumirse en sus pensamientos. De este modo, la misa comenzó y avanzó. Y sólo después de la comunión notó la presencia de una desconocida que se arrodillaba a su lado. La joven y encantadora criatura atrajo su atención. Recién tomada la comunión, arrodillada, con las manos fuertemente entrelazadas y la barbilla apoyada en ellas, la muchacha oraba piadosamente. Su persona parecía irradiar esa dulzura y delicadeza que Alessandra tanto apreciaba —tal vez porque las consideraba síntomas de docilidad, mansedumbre y manejabilidad—, y, aprovechando que la joven tenía los ojos cerrados, monna Alessandra procedió a un meticuloso escrutinio. La erguida espalda permitía apreciar una figura esbelta y armoniosa que prometía una estatura suficiente. En el suave perfil facial destacaba una piel tersa y marfileña que parecía no haber sido nunca herida por manchas o impurezas. Su frente describía una línea suavemente arqueada que propiciaba un arco nasal bellamente marcado. La nariz era recta y proporcionaba, los pómulos ligeramente marcados, los labios parecían curvarse muy agradablemente en las comisuras. No llevaba más ornamento que unos pequeños aros en las orejas, y la tela de sus ropas, algodón de colores discretos adornado con algunos encajes, hablaba de su sencillez y modestia. Tendría unos dieciséis años. Muy probablemente, dedujo monna Alessandra muy interesada, la muchacha acabaría de abandonar el convento.

Pero, de pronto, sintiéndose observada, la joven abrió los ojos y se volvió hacia ella, clavándolos directamente en los que la estudiaban. Monna Alessandra no pudo reaccionar a tiempo ante el impacto de su belleza, y la postura de su cuerpo y la fijeza de su mirada dejaron adivinar a la muchacha el escrutinio de que había sido víctima y la razón de éste, de forma que, pocos minutos después, no bien el cura hubo dado su bendición, se levantó del banco tan veloz como pudo y se abrió paso a empujones hasta huir de la iglesia.

Monna Alessandra se quedó allí sentada mientras la iglesia se vaciaba. En principio, algo avergonzada y paralizada por la sorpresa, después, enojada tanto consigo misma como con la muchacha. Vaya forma de huir de ella. ¡Si esa chica supiera para qué apuesto e importante joven la estaba examinando!

Dicen que las madres quieren muy especialmente a los hijos habidos con sus amantes, y eso era exactamente lo que le sucedía a monna Alessandra con su hijo Pietro. No había nadie en el mundo que conociese su gran secreto, ni tan siquiera lo había sabido aquel amante de una noche de quien nunca más tuvo noticias y al que no sería capaz de reconocer si volviese a verlo. Pero lo que todo el mundo sabía en toda civilización conocida era que *pater semper incertus est*, que es imposible verificar la paternidad de un hombre, y existía el terror universal, casi la certidumbre, de que, de entre los siete o dieciocho hijos que podía llegar a mantener un padre, alguno de ellos no era realmente suyo. Por eso, mientras había estado casada, monna Alessandra, como tantas otras mujeres, había sido confinada entre las paredes de su casa a ver pasar la vida ante su ventana. Ante la ventana cosía, bordaba, leía y escribía cartas, viendo a jóvenes y mayores paseando bajo el sol delicioso. Ante la ventana contemplaba desfiles y procesiones, cuando tenía la suerte de que pasasen frente a ella. Y eso y el cuidado de sus hijos habían conformado toda la diversión de su juventud. De esta situación, que tanto había dado que hablar a ella y a sus amigas en sus esporádicas reuniones, monna Alessandra había concluido, incluso ya de joven, que no eran culpables los hombres, sino las mujeres, que era de sus propias madres de quienes los varones habían recibido instrucción al respecto y por ellas, por las suegras, por quienes las jóvenes de las nuevas generaciones no eran más que parte del mobiliario de sus esposos. Y es que ellas, las madres, juzgaban a las nueras en base a su propio comportamiento pasado. Sabían de lo que toda mujer es capaz. Y ahora que era madre tenía la certeza de esto, porque no existía preocupación mayor para ella que la posible infidelidad de las esposas de sus hijos, que, al mirar a sus nietos, tuviese que preguntarse a qué se debía que su nariz, sus ojos, su cabello fuesen tan distintos a los de su propia familia e incluso a la familia de la esposa. Cuántas veces no había leído estos pensamientos en la expresión escudriñadora y ceñuda de su propia suegra cuando estudiaba, no ya sólo a Pietro, sino incluso a sus auténticos nietos. Ahora, el saber que sus nueras sufrirían su misma suerte y encierro, incluso tratándose de la estéril esposa de Francesco, le producía una especie de feliz venganza compensatoria. No era extraño, se dijo, que algunas jóvenes, como esa deliciosa criatura que rezaba junto a ella sus plegarias hacía escasos minutos, intentasen huir a su destino. Pero, ¿a qué dilatar lo inevitable? Ni una sola de ellas iba a librarse, y el perder su lozanía únicamente les llevaría a poder optar sólo a las peores ofertas. La chica ahora se creería a salvo, pensó monna Alessandra con cierta perversidad, pero no lo estaba. La buscaría por toda Florencia si era preciso y, si una vez la conociese cumplía los requisitos y llegaba a interesarle suficiente como para dársela a Pietro, la haría suya, le gustase o no a esa muchachita. Su cara no podría olvidarla. En especial esos ojos negros espectaculares. Si había huido, dedujo con inteligencia, era porque se sabía un objetivo interesante para la dama elegantemente enojada y ataviada que la observaba. ¿Para qué iba la hija de un artesano a escapar como el viento, si sabía que ni por su dote ni por su cuna sería aceptada por una familia de mayor importancia? No. La joven debía pertenecer a una buena familia. Por la descripción que le habían hecho de ella, sabía que no era Fiammeta Spinelli, la muchacha a la que durante varios domingos había intentado encontrar en misa, pues Fiammeta era muy rubia, y esta chica tenía el cabello de un castaño bastante oscuro.

Resuelta en su decisión, madonna Alessandra se puso en pie, se persignó, y caminó lenta y serenamente hasta la salida de la iglesia.

Había una sonrisa taimada dibujada en sus labios cuando vio la luz del día. Se detuvo un momento para acostumbrarse a ella, gozando de la suave calidez bajo la arcada del pórtico, y aseguró el cierre de su pequeña estola.

–Te encontraré, jovencita. Te encontraré –le susurró al viento.

Andrea Pazzi daba gracias al cielo por haberle permitido escapar de Santa Reparata antes de que aquella señora la hubiese inquirido acerca de su identidad. Le habrían brillado de aidez y codicia sus ojos amargos al conocer su apellido, al igual que les ocurría a las otras dos mezquinas madres que especulaban con su existencia. La una, de mayor fortuna y prestigio que la propia, ambicionaba, aún más que su dote, su belleza e inteligencia, con la ilusión de que, una vez convertida en receptáculo procreador de su progenie, con ellas se verían compensadas las deficiencias de su hijo oligofrénico. La segunda madre disponía, por el contrario, de una oferta nada desdeñable: su hijo era un joven bien posicionado, actualmente al cargo de una delegación de la familia Strozzi, con la cual se hallaba lejanamente emparentado, y aunque Andrea no le conocía personalmente, amigas suyas le habían jurado que se trataba de un hermoso joven, tranquilo y de buen temperamento, que en nada recordaba a su madre, cuya avaricia había impuesto una dote que el padre de Andrea, sin ansia alguna de emparentar con ella, llevaba negociando durante cuatro meses.

Andrea no deseaba conocer a ninguna madre más que pudiese resultar atractiva a su familia. Ella encontraría en su momento un verdadero amor. Su gran amor. Y no albergaba intención de casarse con otro.

La famosa taberna de Los Tres Caracoles estaba situada cerca del Puente Viejo, y en ella trabajaba como cocinero Giannozzo Bardi, el padre de los mellizos. Sencillo y en nada sobresaliente, Gianozzo era un hombre afable que vivía acomodado en su simpleza, disfrutando de los placeres humildes, sin que inquietudes políticas o intelectuales le perturbaran. Tenía treinta y cinco años y era viudo desde hacía quince, cuando su esposa, a la que conocía desde la infancia, murió en el parto de sus dos únicos hijos. Gianozzo no había querido volver a casarse. Era cierto que a menudo se lo había planteado, mientras los niños eran pequeños, pero no era en una esposa a la que amar y con la que reencontrar la felicidad en quien pensaba, pues no consideraba posible hallar un amor como el que había perdido, sino tan sólo en una criada que cuidase a los pequeños y se encargara de las tareas de la casa, de modo que sencillamente optó por contratar una. Tal vez un nuevo amor le llegase algún día, pero no nacería con base en el egoísmo y el interés. No era usual pensar así, pero Gianozzo había tenido la suerte de conocer tempranamente el amor en su pureza y sabía que en nada se parecía a una asociación mercantil. Mujeres para divertirse de cuando en cuando, las había. Y él sabía donde encontrarlas. No era aún tan mayor, después de todo, y a veces necesitaba desesperadamente paliar su soledad y desfogarse un poco, romper con la rutina, para poder seguir adelante. De cualquier forma, poco era el tiempo que le quedaba para pensar en sus problemas y asuntos porque, aunque había varios cocineros más, el trabajo en la concurrida taberna le mantenía ocupado la mayor parte del día. Por su entrega y dedicación, los domingos que no libraba, a Gianozzo se le permitía invitar a comer a sus hijos en la taberna. Esto le hacía feliz pues estaba orgulloso de ellos y no perdía ocasión de mostrarlos en público. Aquel día era domingo, y Gianozzo ya se había asomado varias veces para ver si sus hijos ocupaban la pequeña mesa que se les tenía asignada.

–Otra vez tarde –rezongó–. Estarán esperando a que esté esto abarrotado. Les he dicho mil veces que esa mesa debe quedar libre antes de la una. Les mandaré directos a la cocina, ¡a comer de pie! Para que aprendan.

En aquel mismo instante tras la puerta de la taberna aparecieron dos alegres rostros juveniles que corrieron al encuentro de su padre.

–¡Padre! ¡Mañana voy a conocer al maestro Verrocchio!

La expresión de enojo desapareció de la faz de Gianozzo transmutada en incredulidad y disgusto. ¿Aún insistente en la manía de triunfar como pintor?

–¡Vaya! ¡Cuánta alegría! –exclamó otro cocinero, Filippo, asomándose para verles–. ¿Y de qué es maestro ese Verrocchio que tanta ilusión tienes por conocer?

–¡Es el que puso en mayo la gran bola de cobre sobre la linterna de la catedral! Yo estuve allí cuando la izaron.

–¡Ah! –asintió burlonamente Filippo haciéndole a Gianozzo un gesto de guasa–. Sobre la linterna de la catedral... ¡Cómo no me acordaba!

–¡Es el artista preferido de los Medici y de toda la nobleza! Es escultor y pintor. ¿No has visto sus esculturas en Orsanmichele? ¿Ni tampoco has oído hablar de Donatello? Pues Verrocchio fue su discípulo. ¡No? ¡No has oído hablar de Donatello?

Filippo no había oído nunca hablar de Verrocchio o Donatello, y, si alguna vez pisaba una iglesia o catedral, no era movido por el afán de admirar una nueva escultura. Gianozzo, por el contrario, gracias a su hijo estaba más que familiarizado con cada novedad artística de los últimos años.

–¡Y va a ver mis dibujos, padre! ¡Va a ver mis dibujos! ¡Y si me considera lo bastante bueno me aceptará en su taller!

–Oye, Ghezzo –le informó Filippo calmadamente, haciendo caso omiso de su exaltación–. ¿Sabes que Francesco y Tommaso nos dejarán en unas semanas para irse a trabajar a la tienda que ha montado el padre de Tommaso? Nos harán falta dos nuevos camareros. ¿Qué te parecería ser uno de ellos?

¿Aquél hombre era deliberadamente cruel o sólo estúpido?, se preguntó Ghezzo mirándole de hito en hito. ¿Es que no le había escuchado? ¿No había comprendido que por fin se abría ante él un futuro distinto? ¿O lo había captado perfectamente y se refocilaba ridiculizándole y dándole a entender que se le consideraba un crío medio tonto y caprichoso a quien nadie se tomaba en serio? Pero ¿por qué? ¿Por envidia? Filippo ya era mayor y no había tenido hijos varones, sino sólo cinco mujeres, a cuatro de las cuales ya había logrado quitarse de encima. Ghezzo recordó a la hija que aún vivía con él. Era horrible y antipática, fría y amargada como su padre. Debía tener ya veinticuatro años y aún no había conseguido casarla con nadie. Ni lo conseguiría. No podría ofrecer suficiente dote para convencer a nadie de que cargara con esa estúpida.

–No sé si podré compaginar ese trabajo con el horario en mi nuevo taller –se limitó a contestarle Ghezzo fríamente.

–Bueno, ya hablaremos de eso. Andad. No perdáis más tiempo e id a la mesa –apuró Gianozzo a sus dos hijos, palmoteándoles en las espaldas–. ¡Y espera a que ese hombre te haya admitido antes de darlo por hecho, Ghezzo!

Gianozzo regresó corriendo a la cocina. Recordaba la temprana predisposición de su hijo por las artes figurativas. Predisposición que había encontrado su forma de expresión espontánea, todavía no guiada por maestro alguno, en el dibujo y la ejecución de pequeños trabajos en relieve realizados sobre materiales dúctiles como la arcilla o los metales y aleaciones ligeras, fácilmente manipulables por un principiante que desconocía las técnicas del cincelado o de la fundición. Los dibujos eran esbozos de la vida cotidiana: detalles que le impresionaban, rostros humanos, actitudes, animales en movimiento, paisajes, en una especie de transcripción de la realidad que tenía siempre, a sus ojos, el valor de una experiencia interior. Al ver esos dibujos Gianozzo había comprendido que la educación de su hijo debía seguir ese camino; el tiempo diría si para bien.

–Me preocupa que se cree falsas esperanzas –comentó apenado a su compañero Filippo, mientras preparaba los platos para sus hijos con rapidez–. Nunca he querido decírselo, pero su maestro me confesó una vez que no le considera demasiado sobresaliente.

Filippo, sin dejar de remover el contenido de una enorme olla, le sugirió:

–Entonces, razón de más para que le busques algún oficio, o, al menos, que empiece a acostumbrarse a trabajar. Deberías tener más mano dura, Gianozzo. Oblígale a que entre aquí de camarero.

Gianozzo suspiró.

–Ojalá no se lleve una decepción. Es un soñador... pero un buen chico...

Los mellizos ya habían ocupado su mesa habitual y el camarero les llevó pocos minutos después el menú dispuesto por su padre, el cual consistía en caldo de carnero como primer servicio y, como segundo, trozos de carne de cocido, cabeza de ternera y tetilla de vaca, aderezados con salsa de perejil, cebolla, alcaparras, anchoas en salmuera y miga de pan embebida en agraz. A esto se añadió una frasca de vinillo local, pues se les permitía, desde el día de su último cumpleaños, beber un poco de vino los días de fiesta.

–¡Fantástico! –exclamó Albiera–. ¡Perfecto para una celebración!

Ghezzo, silencioso, se acercó los bocales de ambos y escanció en ellos el vino. Luego, devolviendo el de Albiera a su lugar, le preguntó:

—Albiera, ¿crees que soy tan bueno como Leonardo, o al menos lo bastante como para que Verrocchio me admita?

—¡Pues claro que sí, Ghezzo! ¿Cómo puedes dudarlo? Puede que Leonardo sea mejor que tú, pero es natural, debe tener al menos cinco años más. De todas formas eres lo suficientemente bueno para encantar a cualquiera.

Ghezzo apuró su bocal y volvió a llenarlo, sonriendo.

En la habitación de Ghezzo había un baúl en el cual guardaba todo lo relacionado con la pintura: los pinceles, los carboncillos, las cajitas con los colores, el compás, papel y telas, y las obras, terminadas o en curso, salvo un par de paisajes y un retrato de Albiera que ésta había mandado enmarcar para colgarlos en el salón de la casa.

Nada más llegar a casa tras comer en la taberna, Ghezzo reunió todas sus obras y las dispuso sobre la cama. Apartó la primera, un retrato de ambos hermanos que Albiera había dibujado a carboncillo, y se dispuso a sopesar las virtudes de las suyas. Presentes en su recuerdo las obras del joven pintor que había conocido, conforme iba examinando las propias, una a una, un sentimiento de inferioridad comenzó a inquietarle. Les halló más defectos de los que nunca hubiese encontrado. La mayoría evidenciaban la falta de un planteamiento previo, casi todas eran toscas, faltas de detalle, mal encuadradas, con errores de perspectiva, serviles a modelos aprendidos... Ghezzo sintió una aterradora ansiedad. ¿Realmente se adivinaba en ellas algo de talento? Cogió los dos retratos sobre tela que le había hecho a Albiera y los llevó junto a la ventana. Uno de ellos podía decirse que era su obra cumbre hasta la fecha. Ghezzo había retratado en él a la persona que mejor conocía y a la que más quería en el mundo entero, y cuando lo hubo terminado creyó que había capturado su alma. La hermosísima sonrisa de su hermana estaba allí, apesada en el tiempo, y Ghezzo esperaba, como había dado por hecho que ocurría hasta aquel instante, que rasgos más íntimos y personales se trasluciesen en su retrato. La había pintado sentada en una silla de su dormitorio, con las manos sobre un pequeño gato que dormía en su regazo, pues Albiera era amante de los animales. Las cortinas echadas constituían el insulso fondo. Hubiera podido esmerarse más, poniendo como fondo un misterioso paisaje, como había hecho Leonardo en sus madonnas, o una noche estrellada, simbolizando el interés de Albiera por la astronomía. Aún así, había vida en la mirada de Albiera, se escuchaba la historia de una joven inteligente y alegre, infantil todavía aunque resuelta y voluntariosa, que jugaba a parecer una duquesa pese a su sencilla cuna. El segundo retrato de Albiera delataba el haber sido realizado hacía ya un par de años, antes de adquirir una formación básica en el taller del maestro Ceccolini. Mostraba un desconocimiento del manejo de la luz y las sombras, los colores eran demasiado planos, la silueta rígida y falta de movimiento, un simple color oscuro actuaba como fondo, ningún elemento favorecía la sensación tridimensional. En su recuerdo, se dijo Ghezzo, era, definitivamente, mucho mejor que en la realidad. Ghezzo dejó ambos retratos sobre la cama y volvió a contemplar los dibujos. No eran malos para ser de un chico apenas formado: tal vez fuese ésa la opinión más generosa que pudiesen hacer de ellos los ojos entrenados de un genio como Verrocchio. Pero, ¡no! Estaba desalentándose sin razón. Eran buenos dibujos, muy buenos. Sólo la comparación con una persona de mayor edad y experiencia le estaba haciendo dudar. Y su padre. Él tenía la culpa de su inseguridad. Siempre fastidiando, siempre minusvalorándole. Jamás apoyándole. Ya estaba bien de herirle en su amor propio. ¡Lo que iba a gozar cuando regresase a casa a la mañana siguiente si Verrocchio le aceptaba! Sonreía de orgullo buscando las palabras con las que le daría la noticia a su padre. Ahora tendría la aprobación de una autoridad de su parte y aquél no tendría más remedio que convencerse de que su hijo tenía talento. Y Ghezzo diría adiós a su inaguantable machaconeo para formarle como cocinero. Por fin se acabaría para siempre su lucha por conseguir trabajar en lo que de verdad le gustaba. Recogió de golpe todas las obras esparcidas sobre la cama y las introdujo con cuidado en la bolsa de tela que

usaba habitualmente para ir y venir del taller del maestro Ceccolini. La depositó en un rincón de su dormitorio y se sentó en la cama. Su corazón latía con potencia. El temor a no parecerle a Verrocchio el prodigio que solía creerse se volvió a instalar en él. Sería un golpe terrible a su autoestima si recibía críticas negativas del prestigioso maestro. Sería insoportablemente doloroso para él. Por no mencionar lo que supondría regresar a casa y exponer ante su padre su derrota. Seguro que aquél se sentiría ufano y superior ante la noticia, confirmación de su propio juicio, y ya nada podría impedirle obligarle a convertirse en cocinero. Ghezzo respiró hondo. Mañana, se dijo, mañana se sabría todo, y, si tenía que regresar con una mala noticia, quizá no lo hiciese... Quizá no regresase nunca.

Ghezzo no acusaba el cansancio a la mañana siguiente, pese a que la excitación le había impedido dormirse hasta unas tres horas antes del amanecer. En su imaginación se habían sucedido emocionantes escenas. Había sido presentado por Leonardo al maestro Verrocchio decenas de veces y había escuchado, unas veces halagado y otras cabizbajo, las palabras que aquél le dirigía. Se había visto también trabajando ya en el taller. Probablemente fuese uno de los alumnos más destacados y causase admiración entre sus compañeros. Imaginaba cómo serían estos. A juzgar por Leonardo, en el taller Ghezzo encontraría la tierra prometida que siempre había ansiado. Se encontraría, al fin, entre los suyos. Diría adiós a la soledad que hasta entonces le consumía pese a sus esfuerzos de hallar su lugar, porque, ¿puede un muerto en su sepultura decir que está acompañado aunque yazga rodeado de tumbas? Y así era como él se había sentido hasta entonces, enterrado, aprisionado en un mundo de sombras de inconsciente ignorancia, contemplando un lejano, inalcanzable, haz de luz que a nadie más importaba.

Tras desayunar lo poco que le cupo en el cuerpo y aunque era demasiado pronto aún, Ghezzo tomó la bolsa con sus obras y se encaminó hacia la Via dell'Agnolo.

Había amanecido una espléndida mañana en la que la ciudad del lujo y la riqueza lucía doblemente majestuosa. El cielo se vestía de azul inmaculado y el aire, límpido y fresco, estimulaba la piel y llenaba agradablemente los pulmones del joven, quien recorría con reverencia las calles de su ciudad natal, conocedor del arte agazapado en cada esquina. Sin embargo, no iba hoy atento a los demás viandantes, como en otras ocasiones, intentando memorizar gestos, belleza o deformidades, ni elevaba su mirada hacia los relieves de las fachadas, esculturas, escudos o inscripciones, o escudriñaba en busca de cualquier detalle artístico que se le hubiese ocultado, sino que, esta vez, iba su cabeza tan inmóvil como absortos sus ojos en el interior de su propia mente. Por esto, fue incapaz de esquivar el fuerte golpe que le propinó un joven que corría tras un perro de lanas desobediente a sus llamadas. El chico gritó una disculpa sin dejar de correr y Ghezzo, atontado por la sorpresa, dio media vuelta para mirarles. El desobediente perrito tenía el limpiísimo pelo blanco como la nieve, desrizado a causa de un reciente cepillado, y tanto estos datos como su vivacidad y alegría evidenciaban su afortunada pertenencia a una familia adinerada. El joven, más o menos de la edad de Ghezzo, no debía ser un simple mozo encargado de sus paseos, sino el propio amo, a juzgar por las delicadas telas que lo cubrían. Esto hizo que Ghezzo, que era tan esteta como todo artista florentino, pensara en su propio aspecto. Se pasó las manos por los cabellos, intentando unificar sus ondas. ¿Iría bien vestido para la entrevista con el maestro? Aquella era la ciudad del lujo y la belleza, una ciudad rica que atravesaba un histórico momento de esplendor, y cada persona, desde los nobles y grandes mercaderes hasta los miembros del gremio más humilde, se esforzaba por estar a su altura y aun por engrandecerla con su propia apariencia. Él, por desgracia, no contaba con medios económicos para comprar telas caras; apenas tenía nada que no fuese ropa práctica con un corte sencillo en lana o algodón. El dinero que su padre podía reservar para esa clase de lujos, es decir, para cosas como sedas y terciopelos, lo destinaba para Albiera en exclusiva. A ella se le permitían incluso encajes y

brocados, colgantes, pendientes y otras pequeñas joyas de plata u oro, redes costosas y otros adornos para el pelo, y toda clase de fruslerías que se le antojasen. Pero Ghezzeo no envidiaba su suerte. Sabía que el cuerpo de su hermana era un escaparate que anunciaba permanentemente una mercancía ya madura y a la venta. Una mercancía perecedera, que empezaba a urgir vender. Y dado que la dote que había sido trabajosamente ahorrada para ella no alcanzaba para tentar más que a trabajadores sin fortuna, era importante, imprescindible, que pareciese lo más hermosa y encantadora posible, a fin de propiciar el milagro de que un hombre de posibles suficientes se prendase tanto de ella como para no importarle la desigual asociación. Albiera merecía esa suerte. Aunque no tenía muy buen genio y era rebelde e insumisa –cuestiones de las que un marido no tenía porqué enterarse hasta que fuese demasiado tarde–, por la natural elegancia y delicadeza de sus maneras, por su distinguida desenvoltura, por el bello timbre de su voz deliciosamente modulada, e incluso por sus gustos, era mucho más sencillo imaginarla como dama de alta posición, esposa de un mercader acaudalado, de un noble incluso, o al menos de un notario, mucho antes que de un cocinero –Filippo, el compañero de su padre, y también uno de los camareros la pretendían–, un simple vendedor, o un –¡oh, Dios!, Ghezzeo esperaba que nunca llegase a considerarse una opción– mozo de cuerda. Tal vez un joyero estaría bien, o un comerciante ambicioso, un importador joven y de buena presencia por el que pudiese llegar a sentir a afecto. Un artista no; eso nunca. Sabido es que los artistas no tienen garantizado el propio sustento, menos aún el de una familia. Salvo si han alcanzado el prestigio del maestro Verrocchio, claro está. ¿Estaría Verrocchio casado? Sabía que no era muy viejo, unos treinta y pocos años. Ghezzeo debía informarse, porque si era viudo o soltero... ¡sería increíble si lograra casarle con su hermana!

Pensando en estas cosas Ghezzeo había llegado a la puerta del taller del genial maestro. No sabía exactamente la hora. Había ido dando algún rodeo, puesto que la inquietud le había obligado a salir de casa demasiado pronto y el taller no estaba a más de media hora. En cualquier caso, no podía faltar mucho tiempo para las diez, la hora de su cita, así que se quedaría allí, junto a la puerta, esperando a que ésta se abriese y tras ella surgiese la figura de Leonardo, pues éste seguramente habría llegado a las ocho o las nueve.

Un rato después, Ghezzeo oyó las diez campanadas procedentes de Santa María de las Flores. Bien, Leonardo no tardaría en abrir. Permaneció frente a la puerta con el corazón palpitante. Pero, cuando dieron los cuartos, quince minutos después, la enorme puerta de roble, cuyos adornos y remates ya hubiera podido dibujar a ciegas, continuaba cerrada. Se hizo a un lado y se apoyó contra la pared, sujetando su preciada bolsa con ambas manos contra su pecho. Paciencia. Tal vez no hubiese llegado aún.

Había cambiado de postura infinitas veces cuando dio la media, y después, las once menos cuarto.

Ya eran cerca de las once cuando Ghezzeo se preguntaba si aquel individuo no le habría tomado el pelo. ¿Habría querido burlarse de él, ofendido porque Ghezzeo sostuviera que era mejor retratista que él? Puede que ni tan siquiera estudiase en el taller de Verrocchio. Le costaba trabajo creerlo; el chico no parecía de esa clase. O poco conocía él a las personas o tenía un rostro mucho más amable que vengativo. Trasladó una vez más el peso de su cuerpo de un pie a otro. ¿Y si salía de dudas llamando a la puerta? Le daba una horrible vergüenza, pero ¿qué hacer si no? ¿Marcharse quedándose para siempre sin saber lo que realmente había sucedido?

Se plantó delante de la puerta y tomó el picaporte, pues suponía que no le sería necesario llamar. El picaporte descendió bajo su fuerza y la puerta se abrió, permitiendo que hasta él llegara el sonido de jóvenes voces masculinas procedente de una gran sala situada a la derecha de la entrada.

Permaneció quieto, inobservado, asistiendo a quehaceres que, aunque no le eran desconocidos, en aquel lugar le parecían imbuidos de exotismo y majestuosidad.

Habría en esa planta unos doce alumnos, algunos de los cuales concentraban su atenta mirada en un frutero situado sobre una mesa vestida con una tela de terciopelo rojo que formaba amplios pliegues y vuelos, mientras dibujaban en sus cuadernos, otros se afanaban en moler colores, uno sumergía en líquido pinceles, los secaba con un trapo y los disponía sobre una caja. Del piso superior llegaba el rítmico y constante martilleo de varios alumnos trabajando la piedra. Sentado en una esquina, con la cabeza agachada sobre algún objeto, rodeado de tres chicos que vestían un delantal de color crema, se hallaba Leonardo. “¡De modo que sí estudia aquí! –se dijo Ghezze, nada sorprendido en realidad–. Pero, entonces, ¿por qué no ha salido?”

–¿Buscas a alguien?

La pregunta, que le sobresaltó, precedía de un chico de unos veintidós años que acababa de descender por la escalera. El chico vestía una especie de saco de algodón de color oscuro que rodeaba todo su cuerpo y tenía las manos manchadas de arcilla.

–Hola. Yo... Sí. Estaba fuera esperando a Leonardo. Habíamos quedado en vernos pero ha debido olvidarlo.

–Pues Leonardo está allí, al fondo, ¿le ves? Ve tú mismo a buscarle.

El joven se adentró con premura en la sala dirigiéndose hacia un mueble que había en la pared a su izquierda y se agachó para rebuscar en él profundamente hasta encontrar un paquete. Ghezze, que se había quedado observándole indeciso, cuando vio que se levantaba para volver, probablemente, a subir la escalera, echó a andar hacia el final de la sala, en dirección al abstraído Leonardo.

–Disculpa –le interrumpió sin pensárselo no bien llegó hasta el grupo. Leonardo y los tres que le acompañaban elevaron hacia él una mirada entre molesta y curiosa–. Habíamos quedado en vernos ahí fuera a las diez, ¿lo recuerdas?

En menos de un segundo la penetrante expresión de Leonardo mudó del fastidio a la desazón pasando por la sorpresa, la reflexión y el entendimiento.

–Oh, sí, sí, sí. Sí, sí, sí –afirmó Leonardo–. Habíamos quedado a las diez, ¿no es eso?

–Pues sí, así es. Y como ya han dado las once he decidido entrar, por si te habías olvidado.

–¿Ya han dado las once? –preguntó Leonardo, sorprendido y contrariado–. Apenas me ha dado tiempo a hacer nada. Siento haberme olvidado de tu visita. Lo cierto es que esta mañana tengo bastante trabajo.

–No te preocupes –le disculpó Ghezze, observando que tenía una pequeña talla de madera en la mano, la figura de una virgen, que parecía una antigüedad mal conservada. Sobre la mesa había frascos y en un cristal que cubría parte de ella se alineaba un montoncito de algodones embebidos en líquido, así como tres pinceles empapados en alguna sustancia viscosa y transparente.

–Bien. Supongo que en esa bolsa traes tus dibujos. ¿Me los enseñas?

Ghezze hubiera deseado y había imaginado que tendrían intimidad, pero los tres compañeros de Leonardo, al parecer, iban a estar presentes y a contemplar y juzgar su trabajo con voracidad. Dudó un segundo, pero, viendo que no había otra opción, dejó la bolsa en el suelo y extrajo, en primer lugar, el rollo de tela de la que consideraba su gran obra. Desanudó la cinta que la mantenía enrollada y se la tendió a Leonardo, intentando mantener el pulso firme. En un gesto rápido y seguro, éste la desenrolló y pidió a sus amigos que la mantuvieran tensa ante sus ojos.

Ghezze escrutaba su expresión sin respirar, pero todo lo que podía observar era el lento y meticuloso recorrido de los ojos de Leonardo sobre las formas pintadas. Si de su análisis estaba extrayendo una valoración positiva o negativa, era imposible decirlo.

Ghezze miró entonces a uno de los tres compañeros, quien, al no haber sido necesario para sostener la tela, se había situado a la espalda de Leonardo para contemplarla. El chico, de unos dieciocho años, miraba el cuadro con fascinación.

–Qué hermosa es la modelo –dijo–. ¿Tu hermana? –le preguntó, mirándole con la esperanza dibujada en el rostro.

Ghezzo le agradeció que hubiese roto el tenso silencio, aunque el comentario no fuese una alabanza hacia su obra.

–Sí, es mi hermana.

El otro sonrió y volvió a mirar el retrato.

–¿Crees que querría venir a posar como modelo? La última que tuvimos se ha quedado embarazada –Y, poniendo la mano sobre la cabeza de Leonardo, añadió–: Y en esas condiciones únicamente a Leonardo le interesa pintarla.

Los dos que sujetaban el lienzo prorrumpieron en carcajadas y Leonardo esbozó una amplia sonrisa. Entonces se volvió hacia Ghezzo.

–Enséñame algo más –le pidió.

Ghezzo decidió que no le enseñaría el otro lienzo, realizado dos años atrás y de indudable peor calidad, sino sólo los dibujos. Los sacó todos de golpe, y, cuando los tuvo en la mano, antes de que pudiera decidir si se los ofrecía como un paquete o se los iba tendiendo de uno en uno, Leonardo se los cogió.

Con expresión impenetrable los pasó uno a uno ante sus ojos, sometiéndolos a un examen tranquilo.

“Si su opinión fuese buena –meditaba Ghezzo, cuyo cuerpo se mecía inevitablemente al martilleante ritmo de su corazón–, no se esforzaría por ocultarla. Porque es obvio que, sea lo que sea lo que esté pensando, lo oculta adrede. Pero hay algo, una especie de compasión... Eso es. Le da lástima decir lo que opina. Y a los otros... exactamente igual”. Los tres compañeros se habían situado ahora a la espalda de Leonardo y contemplaban en silencio los dibujos que éste iba pasando.

Leonardo había llegado al último de los dibujos, y, al tenerlo ante sus ojos, de súbito, su expresión cobró forma. Era la forma de la sorpresa, del asombro incluso, y, en cuestión de segundos, sus labios se habían distendido en una divertida sonrisa.

Ghezzo había observado esto sin perder un detalle, pero no sabía cuál era el dibujo que estaba examinando. Entonces, uno de los chicos que estaban detrás de Leonardo, dijo:

–Adorable.

–Sí –convino otro.

Y los labios y los ojos de los cuatro que contemplaban el dibujo sonreían.

–Es el mejor –opinó el tercero–. Bueno, en mi opinión, por supuesto. Quiero decir que el resto es un conjunto de temas manidos sin una técnica destacable, pero éste, desde luego es una de los más originales y divertidos que he visto nunca. Tiene gracia, personalidad y una magnífica factura. Yo opino que el chico tiene futuro, Leonardo, ¿tú no?

¿Cuál sería el dibujo que causaba tanto éxito y regocijo?, se preguntaba Ghezzo. Hizo un repaso mental de todos ellos sin poder adivinarlo.

–¿Cómo se te ha ocurrido algo así? –le preguntó Leonardo, sin dejar de sonreír ante el dibujo.

Para poder ofrecerle una respuesta, Ghezzo avanzó junto a él y miró el dibujo.

La sangre se escurrió de su rostro.

–Pero –balbuceó–, si esto es sólo un absurdo... Un tonto entretenimiento...

–Un absurdo, eso es. Pero un absurdo repleto de coherencia. –Señaló Leonardo–. Es ingenioso. Una forma distinta de expresión adecuada a una situación fantástica, paródica, moralizante...

Ghezzo observaba mareado el dibujo que tan bien conocía. En él, a lo largo de una gran mesa rectangular y distribuidos a ambos lados, los comensales, corderos, pájaros, cerdos, pollos, gallos y peces, con los cubiertos en alto, parecían prorrumpir en gritos de júbilo ante la llegada de las viandas. En el centro de la mesa estaba ya, rodeada de patatas, nabos y

verduras, la cabeza, incluyendo el sombrero de su profesión, del cocinero Filippo, el compañero del padre de Ghezze, con una expresión de atónita sorpresa, mientras que el resto del festín, sus piernas y brazos troceados, costillas convertidas en chuletas e hígado y riñones en salsa, eran portadas en bandejas por un par de terneras y un buey muy dignos y envarados en su papel. La escena tenía lugar en el campo, y, detrás de la mesa, se veía una casita de cuya puerta pendía el siguiente cartel: “Taberna del Juicio Final”.

–¿Acaso eres tú de esos que únicamente comen verduras? –inquirió uno de los discípulos de Verrocchio. Leonardo miró a Ghezze expectante; parecía aguardar la respuesta con singular interés.

–En realidad, no –contestó Ghezze balbuciente. Observó una suave distensión en el rostro de Leonardo y una ligera opresión de sus labios, y pensó que, al parecer, le hubiera gustado escuchar lo contrario. Entonces añadió, sólo por decir algo–: De hecho mi padre es cocinero en Los Tres Caracoles...

–¡Claro! –le interrumpió el mismo joven, señalando la cabeza del dibujo–. ¡Yo conozco a este hombre! No sé exactamente cómo se llama pero le he visto en Los Tres Caracoles. –Y, volviéndose para mirarle con curiosidad y preocupación, añadió–: Espero que no sea tu padre...

–No. Es Filippo, otro de los cocineros.

–Vaya. Menos mal. Porque se nota que no sientes por él demasiado afecto...

–No. Es cierto –respondió Ghezze, y como sentía tantas miradas fijas sobre él esperando tal vez una justificación, prosiguió–: Molesta a mi hermana y se mete en mi vida y en todo lo que no le importa.

Los presentes le miraron comprensivamente.

–El padrastro de Leonardo también es cocinero –indicó el mismo chico–, repostero más exactamente. Ésa es la razón de su exceso de peso.

Prorrumpieron en carcajadas.

Leonardo clavó en él ahora unos ojos lejanos, pensativos, grandes, brillantes e inocentes como los de un niño. Ghezze sintió un curioso bienestar al reflejarse en ellos. Era como contemplarse en aguas tranquilas. Sintió con él comunión y empatía. Más. Sintió afecto, atracción. Sintió amor.

Casi un minuto después, Ghezze encontró fuerzas para preguntar:

–Veo que os ha gustado ese dibujo, pero, ¿qué hay del resto? ¿Qué hay del retrato de Albiera? No me diréis que vos también preferís ese dibujo a mi retrato...

Saliendo de sus meditaciones, Leonardo contestó:

–Cada uno de estos dibujos da prueba de voluntad y conocimientos, y sugiere que tu técnica puede llegar a mejorar mucho tras unos años de aprendizaje, pero es en este banquete del Juicio Final donde se advierte el talento.

Ghezze agachó la cabeza, recorriendo el suelo con su mirada.

–No te preocupes –le tranquilizó Leonardo al notar su abatimiento–. Te dije que te ayudaría si te encontraba excepcional y con este dibujo has demostrado serlo. El maestro Verrocchio está arriba. Te acompañaré a verle.

Leonardo se levantó, puso una mano sobre el hombro de Ghezze y le guió escaleras arriba, hasta la sala de escultura, donde el maestro Verrocchio se hallaba dirigiendo a sus discípulos en la factura de un inmenso Cristo yacente, cuyo destino, por lo que parecía, sería servir de losa en la tumba de algún noble u otro acaudalado mortal.

Ghezze, aguardando desde cierta distancia, tímido y reverente como ante un dios, fijó su mirada en el maestro mientras Leonardo se acercaba a él para explicarle la presencia del muchacho con palabras que, a éste, el ruido le impedía oír.

“Es un genio –se decía Ghezze tembloroso–. ¡Es tan, tan bueno!... Y está aquí, a mi lado, respirando el aire que yo respiro. No es preciso conformarse contemplando las obras de un

muerto y preguntarse cómo sería él y cómo sería haberle conocido. Tengo la oportunidad de hacerlo”.

Sin poder entender los escasos comentarios que sus obras le sugerían, Ghezzo asistió, desde unos metros de distancia, al rápido examen del maestro.

El maestro Verrocchio estaba observando sus dibujos. ¡Sus dibujos bajo la mirada del maestro Verrocchio! El maestro Verrocchio gastando su tiempo, su precioso tiempo, en él, en Ghezzo. Ahora estaban para siempre dentro de su mente. Sus obras dentro de la mente del maestro. En las más íntimas profundidades de su ser. Su mente genial pensando en ellas, quizá no sólo durante aquellos minutos, sino en futuras ocasiones de su, Dios lo quisiera, larga existencia. Y Ghezzo formaría ya para siempre, sólo por aquel humilde momento, parte de la vida del maestro.

Pero el examen avanzaba y no parecía favorecerle. De cuando en cuando, el maestro torcía la boca y sacudía la cabeza en un gesto de desagrado. En alguna ocasión suavizaba la mueca y la cabeza se movía en un levísimo gesto de asentimiento que no llegaba a expresar un total agrado. Únicamente un dibujo, el que Leonardo había guardado para el impacto final, trajo a su rostro una súbita emoción claramente positiva.

Entonces, pocos minutos después, tras cambiar unas palabras con Leonardo, el maestro Verrocchio, haciendo un gesto con sus manos llenas de dibujos, miró hacia Ghezzo y, alegre en su expresión, gritó:

–¡Muchacho, ven!

Ghezzo saltó del punto en que se encontraba y corrió hasta su lado.

–Señor –le dijo–, sea cual sea vuestra decisión, gracias por el honor que me habéis hecho. Nunca podré olvidarlo y...